CANTO XIX.

Abstiénese Adam de referir una de las escenas del juicio final.— Condenacion de los cristianos demasiado envanecidos de su fé.—Es juzgado Abbadona por el Mesías.—Los bienaventurados se elevan al Cielo, precedidos de las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio.— Es transformada la Tierra.— Fin de la vision de Adam.— Jesús se aparece á algunos de sus discípulos á orillas del mar de Tiberiades.— Se muestra á quinientos fieles á la vez en el Tabor.— Desciende à un bosque de palmeras, y se aparece à los apóstoles y á los Setenta.— Sueño profético de Juan.— Tomás conduce à los discípulos al valle de Gethsemani.— Jesús va con ellos al monte de las Olivas, á donde los ángeles y los resucitados les han precedido.— El Mesías bendice à los apóstoles, y sube al Cielo.— Elohá y Salem aconsejan á los apóstoles que vuelvan á Jerusalem para esperar alli al Espíritu Santo.

En medio de los gritos de angustia de los condenados, Adam habia oido la dulce voz de Eva, que en pié sobre una colina resplandeciente, con los cabellos flotantes, los brazos extendidos y el semblante bañado en lágrimas, pedia gracia para sus infortunados hijos.

La plegaria que brotaba de su corazon maternal se perdió en la vaguedad de lo infinito, y Adam no oia ya más que el murmurio de las arpas celestiales, murmurio que expresaba una tierna compasion primero, y luego una alegría inefable.

Dominado por un sentimiento que no procura definir, no habla á los ángeles y resucitados de esta vision consoladora, cuyo recuerdo le abisma en vaga melancolía.

Después de un largo espacio de silencio, toma otra vez la palabra, y dice:

«Los ángeles desaparecieron del horizonte de los Cielos, y nuevos agentes de la voluntad divina recorrieron en todos sentidos las regiones de la resurreccion. Sus miradas penetraron en los grupos más compactos de los muertos por juzgar, y con voz seca y breve les gritaron:

«¡Seguidnos!»

«Y los muertos los siguieron, sombríos como los pensamientos de destruccion, y silenciosos como los mármoles de sus sepulcros.

Un serafin de semblante severo y andar grave salió al encuentro de ellos, y les dió esta órden del Juez supremo:

«¡Prosternãos, y oid vuestra sentencia!»

«Y se prosternaron, y quedaron inmóviles, como rocas arrojadas á la orilla del mar por una conmocion de la naturaleza.

«El serafin se alejó en silencio.

«El más amable de los discípulos, el que sobre la Tierra habia ya comprendido todo lo que habia de amor en la ley de Cristo (1), se levantó de su asiento de oro, y todos los jueces se inclinaron ante él, cuando pasó para ir á descubrir las acciones de los muertos, que, prosternados aun en tierra, exhalaban profundos gemidos.

«Juan los miró un instante en silencio; después les habló, y su palabra cayó sobre ellos como el rayo de Jehová, que sin herir todos los montes, sin surcar todas las simas, purifica el aire y arroja á lo lejos las infestadas nubes.

«A todos os conozco, les dijo, y no me dirijo sino á los

⁽¹⁾ San Juan Evangelista vivió hasta muy viejo, y no pudiendo ir por sí, s hacia llevar á la iglesia, donde repetia sin cesar estas palabras: Hijos mios amaos unos á otros. Habiendole hecho notar sus discipulos que siempre repetia lo mismo, les contestó: Es el presento del Señor; y en observándolo, basta.

»más culpables de vosotres. Un ídolo os hicisteis de vuestro
»propio mérito, y lo alzásteis por encima de la ley eterna,
»por encima de vuestra conciencia. Nunca invocásteis para
»vosotros la obra de la redencion, porque os creíais puros
»y sin tacha, y osásteis juzgar á vuestros hermanos, que
»marchaban humildemente en la vida de luchas y de prue»bas. Desconocísteis la virtud silenciosa y modesta, para
»prestar homenaje á su engañosa sombra, sentada en el
»trono de los reyes ó rodeada de las grandezas humanas.
»El nombre de la Providencia estaba siempre en vuestra
»boca; pero vuestro corazon sólo tenia fé en vosotros mis»mos, y sólo deseaba los bienes de la Tierra, uniendo la
»dulce voz de la caridad-cristiana á las roncas voces del
»ódio y de la envidia.

«En apariencia, vuestras acciones eran siempre irrepro-»chables, porque temíais los juicios de los hombres; pero »la paz del justo jamás reinó en vuestra alma, porque ja-«más bendijísteis á vuestros enemigos, jamás dísteis gra-»cias al Cielo por los males que os enviaba.

«Ya estais, pues, ante el Juez supremo, que lee en los »corazones, que premia y castiga los pensamientos.....

«Levantáos, y contemplad á los bienaventurados. La hu»mildad, la dulzura y el amor del prójimo los guiaron
»adonde las eternas alegrías compensan los sufrimientos
»de un instante. ¿Pasásteis vosotros como ellos las noches
»en oracion y lágrimas? ¿Conocísteis vosotros como ellos la
»dicha inefable de no tener más testigos de una buena ac»cion que el Juez supremo? No, vosotros no pensásteis nun»ca en implorar la misericordia del Salvador, porque no
»quisísteis comprender que no hay ser creado que ante su
»justicia pueda hallarse puro y sin tacha.»

«Y mientras el noble Juan hablaba así, se agitó la ba-

lanza de la justicia suprema. Los muertos se encontraron faltos, y sin embargo no fueron precipitados á las tinieblas eternas: el crepúsculo de la mañana los rodeó, y en las profundidades de la eternidad se formó un sol, que tarde ó temprano se alzará para ellos.

«Otros muertos, que se habian colocado á la izquierda del Juez supremo, fueron arrastrados por los ángeles de la muerte hácia el abismo de la condenacion, y mil y mil sombrías nubes los envolvieron con sus lúgubres tintas.

«En este momento, el triste Abbadona apareció en la punta más elevada de una roca solitaria, donde quedó inmóvil, con los ojos fijos en el fondo de la abierta sima que mugia á sus piés.

«Uno de los ángeles exterminadores se dirigió hácia él. Al ruido de su siniestro vuelo, Abbadona se inclinó para recibir el golpe que debia borrarlo de la creacion; pero el terrible agente del Eterno no le hirió.

«El Angel caido levantó la cabeza, y todos los muertos dirigieron la vista á él.

«Abbadona gimió profundamente, se prosternó, y tendiendo los brazos hácia el Juez supremo, dijo:

«¡Llegó por fin la última hora del tiempo, la hora terri»ble que será seguida de una noche eterna para mí! Tú,
»que tanto has padecido, dirige una mirada de compasion
»al fondo del abismo en que gimen las criaturas caidas de»masiado bajo para que tu misericordia haya podido absol»verlas... Yo no te pido gracia: el aniquilamiento que me
»aguarda es todo lo que me atrevo á esperar; pero dignate
»acordarte de que me creaste para la vida eterna... Quede
»para siempre desierto el lugar que yo ocupaba en los Cie»los; bórrense conmigo mi nombre y mis remordimientos;
»desaparezca enteramente Abbadona del infinito. ¡Aun está

»inmóvil tu rayo! Estaré condenado a vivir?.... ¡Oh! En»tonces permite á lo menos que permanezca solo en esta
»negra roca: mi eternidad de tormentos me pareceria me»nos terrible, si mirando en torno mio, pudiera decirme:
»En este sitio se alzaba su trono; aquí adoró mi pensa»miento las gloriosas llagas que redimieron al género hu»mano; de allí se elevaron con él los bienaventurados á la
»region de las eternas beatitudes, de que mi enorme crí»men me desterró para siempre.»

«Dijo, y sorprendido por un sueño invencible, cayó al pié de la roca.

«Los ángeles fijaron su mirada inquieta y suplicante en el rostro sereno y grave del Juez supremo; todo el linaje humano guardó profundo silencio; la tempestad retuvo su voz amenazadora, y una penosa ansiedad suspendió el movimiento en el infinito.

«En medio de este estupor universal, se despertó Abbadona, y á través de los Cielos llegaron á él estas solemnes palabras:

«Conozco á todas mis criaturas: veo al insecto antes de »haberlo hecho nacer de entre el polvo; veo al serafin an»tes de haberlo lanzado á los espacios; leo en todos los co»razones; comprendo todos los pensamientos... ¡Abbadona!
»tú te apartaste de tu Creador, de tu Padre, y contra tí
»deponen las almas que he tenido que rechazar; porque,
»arrastradas por tu ejemplo, tambien me abandonaron.»

«El Angel caido se retorció en su desesperacion, Δ clamó diciendo:

«Pues que te dignas reconocer todavia á la más infeliz de »tus criaturas; pues que tu mirada mide el horror de una »eternidad de remordimientos sin esperanza de perdon, »tendrás piedad de mí y me aniquilarás. Llamándome á la

»existencia, me señalaste lugar entre los más nobles de tus »hijos: yo me hice indigno de tanta ventura, de tanta glo-»ria; pero antes de dejar de ser, quiero saludar todo lo que »ha salido de tu pensamiento, quiero adorar por última vez »este pensamiento... Cuando los Cielos y los mundos, ape-»nas creados, se lanzaron á sus eternas órbitas; cuando los ȇngeles se sintieron vivir, y sus innumerables legiones te »rodearon, tú que, después de una eternidad de soledad y »de silencio, acababas de abrir una nueva eternidad al mo-»vimiento y á la vida, tú me creaste entonces. Ignorando »aun que era posible sufrir, me dilataba yo en la felicidad »de amar; y á tí fué, á tí sólo á quien yo preferí á todos los »nobles espíritus de que acababas de poblar el infinito. La »salvacion eterna me cubria con sus benéficas alas, y mis »ojos no veian por todas partes más que beatitud y perfec-»cion. ¡Con qué jubiloso arrobamiento cantaba yo entonces »la dicha de existir, y de hallar en todas partes amor por »amor! Y para medir la duracion de aquella inefable exis-»tencia, la eternidad se abria ante mis ojos; y para contar »mis dias, marcaba las maravillas de tu poder y tu mise-»ricordia. Disuelve ahora este espíritu inmortal, pues se »apartó del fin para que fué creado. Mírame, mírame he-»rido, tú que me colocaste en el punto más tenebroso del »destino. Yo fuí un dia uno de los testigos de tu amor: »¡redúzcame á polvo ahora tu venganza!»

«Dijo, y se prosternó al pié del trono.

«El silencio reinaba aun en los Cielos, reinaba aun en la Tierra, y yo alcé temblando los ojos hácia las sillas de oro. La palidez y alteracion del semblante de los mártires me probaron que ninguno de ellos sabia cuál seria la suerte del desgraciado Abbadona.

«Los ángeles de la muerte tenian siempre sus sombrías

nubes y sus espadas de fuego suspendidas sobre la cabeza del Angel caido, y sus ojos, fijos en el Mesías, esperaban que con una mirada les hiciera conocer su voluntad suprema.»

Dominado por el exceso de su emocion, calla Adam. Los ángeles y los resucitados lo contemplan con inquietud, pareciéndoles que el sueño que precede á la resurreccion pesa otra vez sobre él.

Sobreponiéndose, en fin, al sentimiento que lo abrumaba, el Padre del género humano reanudó la narracion de su sueño apocalíptico, diciendo:

«Y entonces oí palabras dulces como los consuelos que una madre dirige á un hijo amado, solemnes como los himnos de los arcángeles. Y estas palabras, que descendian del trono, decian al Angel caido:

«¡ Abdiel-Abbadona, ven ven; tu Salvador te llama!»

Adam se interrumpe de nuevo; pero muy luego, á impulsos del deseo de referir á sus celestiales amigos la felicidad de Abbadona, sale de su abstraccion, y continúa diciendo:

«Yo le ví elevarse con vuelo rápido como el pensamiento, poderoso como la tempestad que lleva al Eterno en sus inmensas alas; y á medida que se acercaba al trono, su semblante recobraba su primitiva belleza, y en sus ojos se desarrollaba esa llama ardiente y pura que revela á los hijos de la luz, sea cualquiera la forma que revistan.

«Ya habia abandonado Abdiel los coros de los serafines para lanzarse al encuentro de su hermano; y al estrecharlo contra su corazon, sus mejillas fulguraban, y su corona de oro despedia sonidos armoniosos.

«Abbadona tuvo fuerzas para desasirse de los brazos de su amigo, cuyo fraternal amor acababa de recobrar, para precipitarse á los piés del Salvador. «Un dulce murmurio llenó lo infinito; lágrimas de alegría corrieron dulcemente de los ojos de los bienaventurados, y las sillas de oro de los ancianos del trono resonaron como las arpas de los ángeles custódios, cuando las hacen vibrar sobre la cuna del hombre virtuoso que acaba de nacer, ó sobre el sepulcro del santo que acaba de morir.

«Después de haber adorado en silencio durante mucho tiempo al Redentor del mundo, Abbdiel-Abbadona le dirigió estas palabras:

«¿ Qué nombre te daré, á tí que acabas de hacerme cono-»cer la omnipotencia de tu misericordia?... Primogénitos »de la creacion, y vosotros todos, á quienes el sacrificio de »la redencion ha hecho herederos de la luz, decid: ¿ quién »de vosotros me ha llamado? ¿Qué voz ha pronunciado mi »nombre? ¡No contestais! ¡Era la tuya, divino Salvador, »Cordero inmolado, Juez supremo, fuente inagotable de »todas las beatitudes!... La última hora del tiempo no ha »debilitado tu fuerza creadora: yo estaba muerto, muerto »eternamente, y tú acabas de crearme de nuevo... La eter-»nidad que me devuelves me parece demasiado breve para »expresar mi amor y mi agradecimiento. ¡Cielos y Tierra, »regocijaos! Jesús acaba de decir al dolor: ¡No existas ya! »acaba de decir á las amargas lágrimas del arrepentimien-»to: ¡Yo os he contado; sed desde ahora signos de las bea-»titudes celestiales! ¡Gloria y agradecimiento al Juez »supremo, al Hijo eterno, al principio de amor y mise-»ricordia!»

«En este momento mi vision se hizo vaga y confusa, y sólo oí ya murmurios lejanos y sofocados gemidos, cuyo sentido me fué imposible comprender.

«En medio de estas imágenes indecisas y sonidos lamen-

tosos, me parecia que el Tiempo, ora huia rápidamente, ora se arrastraba con paso lento y vacilante.

«Habian pasado años,—al menos yo así lo creia,— cuando la nube que habia oscurecido mi vista se disipó, y el inmenso cuadro del último juicio volvió á aparecer claro ante mis ojos.

«El terrible esplendor del trono no era ya más que una claridad benéfica, que iluminaba suavemente las regiones de la resurreccion. Nunca habia tenido fuerza mi mirada para abarcar una extension tan vasta. En una lejanía que asombró mi pensamiento, ví á los innumerables escogidos elevarse hácia el santuario de los Cielos. Delante distinguí á los primeros hijos de la Tierra, que perecieron cuando, en su justa cólera, abrió el Eterno las cataratas del Cielo sobre la cabeza de los herederos del pecado y de la muerte que yo legara á mi raza infortunada.

«¡Con qué júbilo hube yo de contemplar á estas primeras víctimas de mi culpa, que desde hace tantos siglos habian gemido en un destierro tenebroso, y cuyos hierros acababan de romperse para siempre!

«Mientras que mi mirada y mi bendicion los seguian de lejos, oí bramar á mis piés la voz amenazadora del trueno; ví á la Tierra dilatarse y disolverse, y las dispersas ruinas de la mansion del anatema y de la muerte transformarse en un nuevo Eden, como las cenizas de mis huesos que habian sido formados con el polvo de la Tierra se transformaron en este cuerpo inmortal que ahora envuelve mi alma.

«El suave rumor de la Tierra resucitada resonaba todavía en mis oidos, y la claridad extraordinaria y benéfica con que brillaban todos los astros del infinito encantaba aun mis ojos; pero mi vision habia ya llegado al límite que el Salvador le fijara, y desapareció. «He venido cerca de vosotros, mis celestiales amigos, para contaros lo que he visto y oido.»

Jesús ha descendido del Tabor, y silencioso y pensativo se detiene á la orilla del mar de Tiberiades (1), visible sólo á los ángeles, que vienen á traerle mensajes de todos los mundos del espacio infinito.

Estos ángeles parten y vuelven hácia él; parten de nuevo, sorprendidos y alegres por los mensajes de que van encargados, y que para nosotros tambien serán asunto de alegría ó de terror, cuando nuestra alma, desembarazada de sus lazos mortales, pueda en fin comprender los misteriosos secretos de la eternidad.

Un nuevo dia acaba de extenderse sobre la Tierra; pero un velo diafano, tejido con el brillo de los diamantes y la blanca luz de la Luna, modifica el esplendor de sus nacientes rayos. Reina una calma profunda en toda la comarca, que el silencio envuelve y santifica con su aliento misterioso. Del seno de los azulados vapores, que no pueden aun levantarse por encima de la superficie de las aguas en que se han adormecido, se desliza una ligera barca, que llenan nobles y piadosos amigos.

Simon Pedro está en pié, y mira las redes que durante la pasada noche ha tendido en vano en estas aguas, tan abundantes de pesca.

Bartolomé, sentado cerca de él, reclina en sus manos su cabeza blanqueada por los años.

Abismado en pensamientos melancólicos, Lebbéo se apoya en su remo, y una alegría celestial brilla en sus ojos.

⁽¹⁾ En los Evangelios, el lago de Genezareth o de Galilea es casi siempre designado bajo el nombre de mar de Tiberiades.

Una dulce serenidad respira el semblante de Nathaniel, porque la certeza de la resurreccion de Cristo le ha consolado de la muerte de María.

El noble Santiago levanta su pensamiento al Cielo; pero Juan no piensa más que en Jesús, y todas sus afecciones estarán ligadas á la Tierra, mientras su divino Maestro la santifique con su presencia.

La barca se ha acercado á la playa, donde el Mesias se pasea lentamente. Los dichosos pescadores no le reconocen, pero su majestad les impresiona, y se comunican la admiración que les causa.

, Jesús alza la voz, y les pregunta si tienen algo que darle de comer.

Los discípulos guardan silencio; pues aunque han pasado en la pesca toda la noche, no han podido pescar nada.

Conociendo el pesar que les causa la necesidad de negarse á su peticion, les dice que tiendan las redes á la derecha de la barca.

Los pescadores obedecen, y muy luego se llenan las redes de tal manera, que apenas bastan los esfuerzos reunidos de todos para retirarlas de las aguas.

Sorprendidos de tan copiosa pesca, Tomás y Lebbéo fijan sus ojos en el desconocido con jubilosa ansiedad; pero Juan ha reconocido ya al Salvador, y un grito de alegría y el nombre divino de Jesús se escapan de sus trémulos lábios.

A este nombre, Simon Pedro se precipita á la playa, adonde le siguen solícita y prontamente sus compañeros, rodeando todos al Maestro en mudo arrobamiento.

El Mesías designa algunos panes y un brasero dispuesto á asar los peces que Simon Pedro acaba de escoger. Muy luego está preparada la comida; todos se agrupan al rededor del fuego, y por segunda vez, desde la dolorosa noche que precedió á su muerte, el Mesías bendice el pan y lo ofrece á sus discípulos.

Terminada la comida, se levanta Jesús, significa á Simon Pedro que le siga, y adelantándose con él por la orilla del mar, le pregunta con voz solemne:

—«Cephas, ¿me amas? El amor que me tienes ¿ es á toda prueba?»

Y Pedro contesta:

- —«Tú lo sabes, Ṣeñor, pues penetras hasta el fondo de los corazones.»
- —«Entonces, ¿por qué tardas? Ve á apacentar mis corderos.»

Después repite dos veces la pregunta que acaba de dirigir al discípulo, el cual contesta con el acento de una profunda tristeza:

—«Tú que sabes todas las cosas, ¿puedes dudar aun de mi amor y de mi adhesion?»

Y Jesús repite:

—«Entonces, ¿por qué tardas? Ve á apacentar mis ovejas. Mientras seas jóven podrás ceñir tu espada y dirigir tus pasos segun tu voluntad. Cuando los años hayan debilitado tus fuerzas, te ceñirá otro, y te llevará donde tú no quieras ir.

¿Por qué tardas en seguir mis pasos?»

Pedro comprende el sentido de estas palabras; sabe ahorá que ha de morir para dar testimonio de la gloria de su Maestro, y una alegría inefable inunda su alma.

El discípulo que, durante la cena de la nueva alianza, se reclinó en el seno de Jesús, le sigue á lo lejos: Pedro le ve, y pregunta al Mesías si Juan tambien debe morir pronto con la muerte del martirio.

Jesús le contesta:

—«Y si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa á tí (1)?»

Los discípulos han dejado ya de verle: así se elevan y desaparecen las olas de la mar bajo la inquieta y ansiosa mirada del navegante.

Después de un breve silencio, exclama Simon Pedro con el acento de la más viva alegría:

—«Sí, pronto moriré yo como él; pero tú, Juan, eres inmortal.»

Y todos los discípulos felicitan al amable Juan por esta singular gracia de que le juzgan digno. Sólo él ha penetrado el verdadero sentido de las palabras de Cristo; pero en vano procura disipar el error de sus hermanos.

Tan gozosos por la inmortalidad de Juan como por el martirio que esperan todos para sí con santa impaciencia, los discípulos vuelven á su barca, y van á distribuir el resto de su pesca á los pescadores desafortunados, que inútilmente han trabajado toda la noche.

Los soles salen, los soles se ponen, y el juicio del Salvador dura todavía. Las órdenes que da á los querubines se suceden con más frecuencia, y los agentes de su voluntad divina abren y cierran alternativamente el libro de la vida, que rara vez despide la dulce claridad con que brillan sus páginas, cuando llevan el nombre de un escogido. Los decretos del Juez supremo hieren como el rayo, y disipan las tinieblas del porvenir, como la luz del Sol desvanece las sombras de la noche.

Fieles á su santa mision, los testigos de Jesús han ido de

cabaña en cabaña, y de valle en valle, á decir que el Mesías ha resucitado; que los muertos han salido de sus sepulcros para explicar este misterio de los Cielos; que el mismo Jesús se ha aparecido ya á muchos de sus escogidos, y que en el monte Tabor se apareceria á quinientos fieles á la vez.

Con esto, todos los amigos del Mesías se dirigen solícitos al sagrado monte.

Numerosos grupos de fieles cubren ya las laderas del Tabor, donde quiera que puede abrigarlos un cedro bajo su sombra protectora.

Lázaro los cuenta con el pensamiento, y dice:

—«Todavía no sois más que doscientos, y el número de los llamados es mayor. Cuando los bienaventurados, á quienes el Redentor quiere iluminar con un reflejo de su divinidad, estén todos reunidos, entonces derramará sobre nosotros la copa de su misericordia. Mientras llega este dichoso instante, cantad, hermanos mios, cantad salmos á la gloria del Salvador.»

María se levanta, y dice:

—«Nuestra madre comun se acercó tal vez demasiado á una simple mortal, cuando se dignó permitirme cantar con ella el cántico de los Cielos; pero puedo sin temor unir mi voz á la de mis amigos, á quienes el divino Resucitado ha dejado sobre la Tierra. Ven, amada Magdalena, ven, y glorifiquemos juntas al Hijo del Eterno.»

Y Magdalena contesta:

—«Te obedezco, bienaventurada Madre, que oiste los cantos de los serafines, cuando celebraron el nacimiento del Niño de Bethlem; que oiste los acordes del arpa de Eva, cuando vino á iniciarte en la gloria inmortal que te aguarda. Canta, y los débiles acentos de Magdalena te seguirán de lejos.»

⁽¹⁾ Véase el *Evangelio segun San Juan, capit. XXI.* Toda esta escena es una imitación fiel de la aparición de Cristo á sus discípulos, como está descrita en este mismo capítulo.